

IX.

El Bastardo.

Agostino Ciampi no tenia ya que temer á Claudio Riviere, pero el coronel Thévenot podía ser un enemigo aun más terrible.

Mientras la pobre Teresa hablaba acusando al marqués, Varus se prometia entregar al capitán á la justicia de los Filadelfos. La policia de Fouché no le dió tiempo. Sin duda la asociacion estaba vigilada hacia tiempo; el sucesor del coronel Oudet era conocido, ó quizás el señor Bernier expiaba á Thévenot y sus amigos: ello es que algunos de los conjurados fueron presos pocas noches despues de la muerte del comandante Riviere.

Como les habia faltado el dinero que habian depositado en casa de Borde y Cazavan, los Filadelfos no habian podido ejecutar, en el momento dado, el plan de campaña que hacia tiempo tenian decidido, y la hora fijada para la accion habia pasado ya, cuando la policia echó sus redes entre ellos.

El retraso forzado de la ejecucion de sus pro-

yectos fué quizás la única causa de su pérdida. Hubieran puesto en libertad á Malet, y ¿quién sabe si el golpe de mano que luego fracasó, hubiera tenido buen éxito en 1809?

Pedro Hermann, Lorenzo Malardier y Giraudiere, es decir, *Caton*, *Filopomen* y *Harmodius*, fueron detenidos y conducidos á las prisiones militares, corriendo el rumor por el ejército que los habia delatado uno de los conjurados.

Aquella misma noche, la policia se presentó en la calle Paradis-Poissonniere, en casa de Bernardo Thevenot.

El coronel no estaba acostado, y habria podido, abriendo uno de los balcones de su habitacion, tratar de escaparse por los jardines de Saint-Lazare; pero no lo hizo.

—¡En nombre de la ley, abrid!—dijo una voz á través de la puerta.

—¡La ley—murmuró Varus—es el derecho que tiene el hombre de vivir y morir libre!

Y armó la pistola que habia arrojado delante de Teresa, diciendo:

—¡Más tarde!

Su último pensamiento fué para Claudio.

Le parecia que el comandante Riviere estaba allí y el coronel le hablaba en voz alta.

—¡Abrid!—repetia la voz.

Y hábiles manos hacian ya saltar la cerradura.

—¡Claudio—dijo el coronel Thevenot,—aun logrando nuestro objeto, no habria vivido, despues de haberte matado! ¡Vencido, voy á reunir-me contigo!

En el momento en que la puerta cedia, sonó una detonación; el tiro de Varus respondió al crujido de la madera.

—¡Se ha matado!—dijo el Sr. Bernier, que conducía en persona á sus hombres para la captura del sucesor de Oudet.

El coronel Thevenot yacía, efectivamente, en el suelo con las mandíbulas destrozadas y el cráneo abierto. Sus ojos, únicamente aquellos terribles ojos hundidos bajo sus espesas y ásperas cejas, parecían vivos todavía.

—¡Sí, está muerto!—dijo uno de los agentes.

El Sr. Bernier se había precipitado ya hacía la mesa cubierta de papeles; pero no encontró más que pliegos en blanco y dos libros: un Tácito y el *Tratado del servicio voluntario*, de La Boetie.

Filipomen, Caton y Harmodius, fueron llevados ante el consejo de guerra y condenados á muerte. Había entonces en la llanura de Grenelle en donde se efectuaban las ejecuciones, cierta tapia, ante la cual se detenían inevitablemente todos los que iban á fusilar.

Era la última estación, la última parada antes de los tiros; aquella parada era legendaria. Giraudiere, Hermann y Malardiere, se detuvieron ante ella y cayeron los tres con los mismos nombres en los labios: la libertad y la Francia.

Agostino Ciampi, al dirigirse á casa del señor de Navailles, pudo leer en la esquina de la calle del Mont-Blanc y del boulevard, un anuncio concebido en estos términos:

IMPERIO FRANCÉS.

« Por sentencia del primer consejo de guerra » han sido fusilados en la llanura de Grenelle, » por crimen de conspiración contra el imperio » y el emperador: Pedro-Juan-Santiago Her- » mann, ex-jefe de escuadrón; Lorenzo-Gerardo » Malardier, ex-capitán, y Luis-Victor Girau- » diere, ex-teniente de infantería.»

El ruido de la conjuración y de las nuevas ejecuciones, se esparció por París, exajerándose naturalmente su importancia. ¡Cuántas novelas no se forjaron entonces sobre la muerte de los tres filadelfos y el fin del comandante Rivier!

Solignac estaba abatido. La muerte de su amigo le había herido en el corazón. Por orden de Dupuytren, se vió obligado á no salir de casa, porque tantas emociones podían producir una crisis fatal.

—Doctor—le dijo Enrique—mandadme lo que queráis, después de los funerales de mi hermano de armas; pero aunque no debiera volver de de ellos, iré.

Y fué.

El brazo de Castoret no le faltó.

Aquel horrible dolor produjo no obstante menos estrago de lo que temía Dupuytren; Solignac estaba acostumbrado á jugar con el sufrimiento.

—No ha muerto,—dijo refiriéndose á Claudio. —¡ha descansado!

Teresa, perdida completamente la razón, pero silenciosa, triste, contemplativa, preguntando con desgarradoras sonrisas, noticias del muerto, fué conducida no á casa de la señorita de la Rigaudie, sino á la calle de Postas, á la de su tío, á la que en otro tiempo le habia parecido tan lúgubre, la que no habia conocido entónces y de la que no salia.

La señorita de la Rigaudie preguntó qué habia sido de la joven. Solignac la dijo que un pariente de Teresa se habia encargado de la pobre joven, pero no nombró á Chambaraud.

—¿Y de dónde ha salido ese pariente?—dijo la señorita de la Rigaudie.—En fin, esto no es cuenta mia. Seamos egoistas, que vale más... Sin embargo, tengo que ir á ver á esa desgraciada... ¡Ah! qué catástrofe más horrible, ¡vive Dios!... Y cuando pienso que aun hay poetas (¡asnos con albardas!) que celebran el amor... ¡El amor! ¡más valia que dijerais la peste, imbeciles!

Luego, encogiéndose de hombros, añadió:

—¡Lo cual no quita que los jóvenes sigan amando!

A menudo pedia irónicamente noticias de Luisa de Farges á Solignac.

El coronel contestaba algunas veces con naturalidad, pero otras se turbaba.

—Vamos,—murmuraba la solterona—está enamorado el muchacho, ¡bien enamorado!... ¡Con tal que la *chiquilla* le ame también!

La *chiquilla* amaba realmente mucho al hermoso coronel y se lo habia confesado en uno de

esos momentos en que el corazón se desahoga, en que el secreto se escapa palpitante de los trémulos labios. Leal y francamente, con toda la altivez serena y risueña de su carácter repitió á Solignac que le amaba, y le aseguró que uniría con gusto su vida á la de su amado.

—Con tal—dijo con dulce y encantadora malicia—que la dicha no os destruya el corazón como pudiera hacerlo el dolor.

Luego añadió con un acento, en el que se adivinaba toda la abnegación y toda la ternura de la mujer.

—Por lo demás, ¿acaso no estaré yo aquí para luchar contra el dolor y para alejar la preocupación de vuestra frente y el mal de vuestro pecho?

Solignac estaba loco de alegría. Sentíase renacer y este era el único medio de explicarse la embriaguez que le inundaba. La melancolía que le habla producido la muerte de Rivière, desaparecia ante aquella ardiente felicidad.

Luisa, sin embargo, no le ocultó que existía un obstáculo á su matrimonio.

—¿Cuál?

—La voluntad de mi abuelo.

—¿El señor de Navailles puede acaso impedirnos que os caseis con quien daría su vida por vos y al que vos habeis escogido?

—El señor de Navailles representa para mi la voluntad paterna, y si he podido rehusar el esposo que me proponia, quisiera, por una superstición que debeis comprender, no casarme sin el consentimiento del jefe de nuestra familia.

—Entonces, Luisa, iré á pedir vuestra mano al señor de Navailles.

—¡Quiera Dios que os la conceda!

—¡Es decir—preguntó Solignac inquieto,—que si me la negara, vos tambien me rechazais?

—No sé lo que haria, amigo mio; pero quiero que el marqués bendiga al hombre cuyo nombre he de llevar. Esa fué la última voluntad de mi padre.

Solignac volvió aquel dia algo turbado al hotel de la Rigaudié. No hablaba con nadie, reflexionaba. La señorita de la Rigaudié trató inútilmente de conocer la causa de su silencio; por mas que hizo permaneció mudo.

—¡Ah!—se decia la anciana señorita—con tal que no hagan la desgracia de este muchacho... Está tan callado como la pobre Teresa ántes que perdiera desgraciadamente la chaveta... ¡Ah! ¡mi Limosín! ¡Cuándo lograré verme sentada en el gran sillón de piel, junto á la alta chimenea, con Jack á mis piés, leña en el hogar, castañas cocidas con leche á mi alcance, y sin preocuparme más de lo restante de la tierra que del Gran Turco ó del Monomotapa! Pero ¡ahí está! que soy tan tonta que, aun en el fondo de Solignac, me inquietaria por ese gran diablo de coronel!

Este se presentó al dia siguiente en las habitaciones del marqués de Navailles. El anciano acababa justamente de pasar dos largas horas con el señor Lanjallais. Habian hablado de arte heráldico y Lanjallais acababa de recitar una

especie de letanía de la nobleza de Francia.

—Pensar que un miserable *vaudevillista*—decia Lanjallais—se ha atrevido á poner en boca de Arlequin, la frase de que si nuestro padre Adam hubiera comprado una plaza de secretario del rey, todos seriamos nobles! ¡Vaya un bribón!

Y, no obstante, sabia que el duque de Coigny se llamaba Guillot; el marqués de Offemont, Gobelin; el baron de Castries, la Croix; el conde d'Anteuil, Briconnet; los Montmorency, Bouchard; el duque d'Nzes, Bastel; los la Vanguyon, Fromenteau, y los Soyecourt, Seglieres; pero el señor Lanjallais se inquietaba poco de la cuestion de origenes, lo único que le preocupaba eran las situaciones ya adquiridas.

La conversacion habia terminado cuando anunciaron al coronel de Solignac.

—Dejadnos, Lanjallais—dijo el marqués despidiendo con un gesto á su *factotum*, en cuanto entró Solignac.

El marqués indicó un sillón á Enrique.

—Tened la bondad de sentaros, caballero.

Y haciendo un esfuerzo repitió:

—¡Sentaos, coronel!

Le parecia que aquel coronel habia robado sus grados. ¡Cuánto mejor no era el tiempo en que se compraban! Por lo ménos nadie podia negar que eran del que los habia pagado.

—Señor marqués,—dijo Solignac bastante conmovido—vengo á haceros una peticion que espero acojereis con benevolencia, porque del resultado de este paso depende seguramente la

dicha de toda mi vida, y quizás también—si me es permitido decíroslo—¡la de una persona que os es estremadamente querida!

—¡Hola!—se dijo el anciano;—¿se trata de la condesa?

Y como hacía bastante tiempo que esperaba aquella visita, añadió para sí:

—¡Escuchemos!

El coronel estaba algo turbado. Hubiera preferido, de seguro, tenérselas que haber con los austriacos en el campo de batalla.

—Señor marqués,—prosiguió;—voy hablaros, si lo permitis, con toda la franqueza de un soldado.

—Seguramente,—dijo el señor de Navailles.—He sido marino... y conozco el lenguaje del oficio... aunque es preciso confesar que, desde entonces, ha cambiado mucho... Porque, preciso es decíroslo coronel, en otro tiempo éramos guerreros; pero... sin que con eso trate de ofenderos... no como hoy día... soldadotes!

—¡Entonces, señor marqués, érais lo que somos ahora, soldados franceses, es decir hombres de bien!

Solignac se propuso no incomodarse por la palabra que espresamente había buscado el marqués; pero el anciano se disgustó bastante de la frase: *¡hombre de bien!*

—Pues bien, señor marqués—prosiguió el coronel,—hablando francamente, amo con todas las fuerzas de mi alma, con el cariño más ardiente y respetuoso... á la señora condesa de Fargés, vuestra nieta.

—¡Bueno!—dijo el marqués.—¿Y qué?

—Que tengo el honor de pedir os su mano, señor marqués.

—¿La mano de mi nieta?

—Sí, señor marqués.

El señor de Navailles tomó un polvo de su tabaquera, limpióse la nariz y dijo con una sonrisa amable é irónica al mismo tiempo:

—Veamos, coronel; me habeis pedido que os hable con franqueza... y yo voy á permitirme ser... casi brutal, convengo en ello. Pero aquí estamos para entendernos, ¿no es cierto? y os ruego olvideis de antemano lo que tendré que deciros.

Solignac no contestó. Estaba inquieto y presentía un verdadero peligro, el obstáculo de qué había hablado Luisa de Fargés.

El anciano esperó un momento, miró al hermoso coronel de piés á cabeza y le dijo con ese tono especial de los aristócratas del siglo XVIII, que hacía la cortesía misma descortés y prestaba gracia y casi encanto á la grosería:

—Creo, coronel, que debiais haber reflexionado antes de dar este paso, porque se me figura que lo primero que se debe ofrecer á una mujer, dejando aparte el rango y la fortuna, es, ¡vive Dios! un nombre.

El coronel se puso lívido y creyó entonces realmente que su corazón iba á ahogarle. El anciano marqués acababa de tocar á la llaga secreta del soldado.

Contúvose, sin embargo, y dominando su emoción, contestó, tratando de dar firmeza á su voz:

—Creía, señor marqués, que el hombre que con peligro de su vida, se había conquistado un nombre, merecía, por lo menos, la misma consideración y respeto que el que no tuvo más que el trabajo de nacer.

—¡Tararira!—dijo el señor de Navailles.—Comprendo. ¿La nobleza del mérito? Bueno, la admito, pero es preciso que esta nobleza de nueva especie—que es una estúpida invención—esté basada como todas las cosas del mundo, en la familia, en la legitimidad del nacimiento, en...

—Basta, señor marqués,—interrumpió con violencia Solignac,—¿vais á echarme también en cara que soy bastardo?

—No me hubiera atrevido nunca, coronel, á pronunciar la palabra que habeis pronunciado vos mismo... ¡Oh! no creais que os lo reprocho... Existen bastardos ante los cuales la historia se quita el sombrero, si es que lo tiene, cosa que ignoro... El señor de Vendome supongo que era uno de ellos, y nuestros soberanos legítimos han concedido á menudo los bienes de los frailes á niños nacidos, como vos, del azar... pero ¿qué quereis? soy viejo y tengo preocupaciones.

Comprendería que mi debilidad llegase hasta permitir que mi nieta se casara con un señor cualquiera, dotado de un nombre plebeyo, un nombre tan tonto como el de vuestro mariscal Lannes; pero con un bastardo como vos decís... con un bastardo... nunca. Yo os juro, coronel, que mi nieta no se casará jamás con un...

—Un hombre,—interrumpió Solignac,—que arrojado al mundo sin padres, escogió por familia el regimiento y por madre la patria y que ha conquistado un puesto de honor con la punta de su sable.

—¡Pardiez! coronel, nadie niega vuestros méritos militares! Si vuestro emperador os entrega el baston que el rey concedió en otro tiempo al señor de Villars, lo celebraré infinito y lo aplaudiré con toda mi alma... pero ¡daros mi nieta!...

—¡La señora de Farges me ama!

—Es posible. Puede, olvidar si quiere, queso y el jefe de la familia y casarse sin mi consentimiento. Cosas más fuertes se ven en estos tiempos. ¡La daré en cambio mi maldición y allá se las arregle como quiera!

—Demasiado sabeis, señor marqués, que la señora de Farges os respeta personalmente, y además respeta en vos el recuerdo de su padre.

—Su padre, caballero, nunca hubiera consentido en que su nobleza se uniese á una bastarda.

—Basta—dijo bruscamente Solignac—¡basta, señor marqués! ¡Ni una palabra más! ¡Ni aun las canas y el honor, tienen el derecho de insultar á un hombre que sufre el peso de las faltas de sus padres! ¡Me rehusais la mano de vuestra nieta, á quien amo? ¡Haceis la desgracia de dos seres á la vez? ¡Como querais! La señora de Farges misma os dirá lo que la cuesta vuestra locura, vuestro orgullo y vuestra obcecación.

—¡Demonio!—dijo el marqués furioso, cuando